XIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: 2Cro 8.7.9.13-15:

"Siendo rico, se hizo pobre por ustedes para que ustedes se hagan ricos con su pobreza"

La segunda lectura nos dice que Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que nos hiciéramos ricos por medio de su pobreza (cf. 2 Co 8, 9); se hizo hombre en el seno de la Virgen María, sierva, tienda, casa y palacio del Hijo del hombre (cf. Fuentes Franciscanas, 259). Según san Pablo, él, Hijo de Dios, abrazó la condición humana como una condición de pobreza, y en esta condición humana siguió una vida de pobreza.

El nacimiento de Jesús fue el de un pobre, como indica el establo donde nació y el pesebre donde lo puso su madre. Durante treinta años vivió en una familia en la que José se ganaba el pan diario con su trabajo de carpintero, trabajo que después él mismo compartió (cf. Mt 13, 55; Mc 6, 3). En su vida pública pudo decir de sí: "El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc 9, 58), para indicar su entrega total a la misión mesiánica en condiciones de pobreza. Y murió como esclavo y pobre, despojado literalmente de todo, en la cruz. Había elegido ser pobre hasta el fondo. Cristo, el Hijo de Santa María, «siendo rico, se hizo pobre por ustedes para que ustedes se hicieran ricos con su pobreza» (2ª lectura). Él se abajó para elevar consigo nuevamente a su criatura humana de su miseria humana, para hacerla partícipe nuevamente de la naturaleza divina (ver 2Pe 1,4). He allí la respuesta de Dios ante el pecado de su criatura humana.

El Señor Jesús, el Hijo del Padre, se conmueve profundamente ante el sufrimiento humano. Por ello se hizo servidor de todos (ver Mc 10,45) y "pasó [por el mundo] haciendo el bien" (He10, 31). No sólo tocó y se dejó tocar por los enfermos que en Él buscaban la salud y el perdón de Dios, sino que Él mismo "tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8,17), siendo inocente se hizo pecado por nosotros a fin de curar nuestras heridas, perdonar nuestros pecados y reconciliarnos con el Padre (ver 2Cor 5,21). En efecto, "Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is 53,5).

No solamente podemos pensar, por tanto, en una pobreza material, la pobreza espiritual es igualmente grave, que consiste en la carencia, no de medios materiales, sino de un alimento espiritual, de una respuesta a las cuestiones esenciales, de una esperanza para la propia existencia. Esta pobreza que afecta al espíritu provoca gravísimos sufrimientos. Tenemos ante nuestros ojos las

consecuencias, frecuentemente trágicas, de una vida vacía de sentido. Tal forma de miseria se manifiesta sobre todo en los ambientes donde el hombre vive en el bienestar, materialmente satisfecho, pero espiritualmente desprovisto de orientación. Se confirma la palabra del Señor en el desierto: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4). En lo íntimo de su corazón, el ser humano pide sentido y pide amor. Por tanto, lo que consume al hombre es el hambre de Dios: sin el consuelo que proviene de Él, el ser humano se encuentra abandonado a sí mismo, necesitado porque falto de la fuente de una vida auténtica.

Benedicto XVI identificó la ausencia de Dios, como la pobreza, el problema más dramático que asila y debilita la cultura moderna; y cada uno de nosotros podemos hacer mucho para que el hombree abra su corazón a Aquel que se hizo pobre para que nosotros nos hiciéramos ricos con su pobreza, nos cada uno de nosotros nos podemos, pues, convertir en camino para que nuestros hermanos vuelvan a Él: Dios es caridad y la caridad de la Iglesia es un testimonio irrenunciable para ayudar al hombre de hoy a conocer, encontrar y amar a Dios, que es amor: se trata de que todos nos involucremos en el rpoceso de evangelización de nuestra parroquia. Nuestra caridad debe ser camino mediante la cual el hombre puede conocer quién es Dios, y salga de su pobreza.

Dios está con nosotros: se ha hecho Noticia viva, víctima propiciatoria por nuestros pecados, y siendo rico se hizo pobre por amor nuestro para que fuésemos ricos por su pobreza (Cfr. 2 Cor. 8, 9). Y esta cercanía amorosa, esta comunión de Dios con nosotros, alcanza su íntima y maravillosa plenitud cuando Cristo mismo se hace comida y bebida, para que tengamos la vida de los que vivirán para siempre (Cfr. Jn. 6, 58-59). Es el culmen de la bondad de Dios para el hombre, que con derecho puede decir: "ya no soy yo, es Cristo quien vive en mi" (Gál. 2, 20).

Que la Virgen santísima nos enseña, sobre todo, que el Señor, siendo rico se hizo pobre por amor, y nos pide a cada uno de sus discípulos. que nosotros mismos, nos convirtamos en don, que enriquezca la pobreza de nuestros hermanos, que viven sin Dios, sin amor, sin esperanza..

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)